

Se nos ruega una opinión que sirva para establecer comparaciones entre los planes de estudio de 1920, por ejemplo y los actuales en el Seminario de Mondoñedo. El ruego lleva implícito el de una opinión sobre la bondad de aquéllos o de éstos. ¡ Y es tan difícil y tan fácil dar esa opinión!

Difícil, porque aún falta perspectiva para conocer los resultados prácticos de los nuevos planes. Y fácil, porque ya el clásico nos había aleccionado sobre la necesidad de fijar las cosas en el tiempo - en su tiempo- para poder juzgarlas debidamente.

Nosotros, que hemos conocido los antiguos planes, podemos decir de ellos que eran los adecuados a las necesidades de la época. Nos referimos, naturalmente, a la ordenación de los estudios, no a la formación espiritual, sobre la cual pudieran hacerse comentarios también. En lo filosófico, no se había llegado aún a llevar a la práctica la duda metódica ni las categorías kantianas, que no pasaban de lo especulativo, aunque ya Russell, Heidegger y el mismo Kirkegaard fuesen ya prolegómenos de las teorías del conocimiento que en la actualidad imperan, haciendo tabla rasa de la razón, en nombre precisamente de la razón.

No se habían formulado las modernas teorías atómicas y aunque se estudiaban ya el átomo, no se conocía su constitución y mucho menos que podía ser fundamento para las doctrinas einstenianas de la relatividad. Se estudiaban las teorías comunistas, pero sin ahondar debidamente en sus principios filosóficos, quedándose casi en lo social. No se estudiaban más que las lenguas clásicas. No se pasaba, en los ejercicios físicos, del juego de pelota vasca, del de bolos y del golpear, sin dirección ni método, un balón en los albores del fútbol.

No era necesario entonces, por tanto, llegar en los estudios a temas que hoy son indispensables. A un sacerdote difícilmente le plantearán hoy problemas de maniqueísmo o de nestorianismo. Hoy tendrá que enfrentarse con frecuencia con gentes que niegan la existencia de la gracia e incluso la de Dios. Y harán la negación partiendo de las ciencias naturales. Lo que obliga a dar a éstas la debida importancia, a fin de luchar con los enemigos de Dios en el mismo terreno en que ellos plantean la batalla.

Lo que se estudiaba entonces se ajustaba a lo que entonces debía de ser usado en la práctica. Por eso, con el Latín los estudios básicos eran la Teología tomista y la Filosofía. Todo lo demás, a excepción de los Estudios Bíblicos y la Música y el Derecho Canónico, a los que ya se ponderaba importantes, se tenía casi como accesorio. Es cierto que la Historia, la Física y Química, la Arqueología y otras disciplinas eran de estudio forzoso. Se las consideraba, y con razón, un elemento de cultura general, y como tal se exigían; pero luego en la práctica parroquial la verdadera fuerza del sacerdote se hallaba en aquel Trivium que citamos. Hoy, en cambio, algunas de las asignaturas entonces accesorias cobran una importancia, que no nos cansaremos de encarecer, porque cada día es mayor la necesidad de los sacerdotes con una cultura -las tres disciplinas indicadas siguen siendo el pivote básico de la misma- que abarque varias ramas de las ciencias naturales y de una lengua moderna, si ha de cumplir, como es obligado hoy, una función socio-económico-cultural paralela a su específica función sacerdotal.

Resumiremos, por tanto, nuestra opinión diciendo que los planes de ayer eran buenos para ayer; y que los de hoy son los que nuestros tiempos exigen. Quienes los estudien hoy deben de estar convencidos de esta verdad y tratar de formarse solidamente dentro de las bases que el moderno plan fija con acierto.

josé trapero pardo (antiguo alumno)